

conocido adscrito al "bunker" de la Cámara legislativa— trata e impedir por todos los medios, muchos de ellos abiertamente ilegales, la entrada en la vida colegial de actitudes democráticas y representativas de la profesión.

Este enfrentamiento tan lineal y característico de la vida española a otros muchos niveles se ha complicado en el Colegio de Economistas con la entrada en escena de Anibal Casares, personaje "independiente", elegido en las últimas elecciones y que ha sabido concitar la enemistad tanto de la base colegial como de los "patrones tradicionales" agrupados en el Consejo General de Colegios. Estos, temerosos de que un hombre separado de su carro pudie a provocar una reacción, aún más viva contra todo el conjunto de la ignominiosa situación, le declararon la guerra abierta. Y éste se resistió.

Y de tal manera se ha producido a lo largo de todo el año pasado una escalada de acontecimientos increíbles. Enumeraremos los más importantes.

En enero de 1975, el Consejo expulsa oficialmente a Anibal Casares, constituyendo una Junta de Edad "fantasma", puesto que nunca se hicieron públicos sus nombres. Anibal Casares se resiste y llama sistemáticamente a la Policía cada vez que alguno de los ancianos trata de quitarle de su puesto (en una ocasión, durante el mes de septiembre pasado, acudieron dos "jeeps" de la Brigada Antidisturbios). Paralelamente, el Consejo trata de que el Ministerio de la Presidencia expulse oficialmente a Anibal Casares, pero éste se inhibe oficialmente ante el problema. Y se inicia la guerra de la querrelas entre el Consejo y el señor Casares.

Para añadir más leña al fuego, en el mes de julio no se produce la renovación de ocho miembros del Consejo, como consecuencia de lo cual, y a fal-

ta de otras explicaciones, los economistas lo consideran ilegal. Casares, en cambio, anuncia que ha constituido una Junta de Gobierno provisional; no se hacen públicos sus nombres.

De repente, el "ritmo" del conflicto se rompe. Tal vez porque teme que sea expulsado de verdad de su puesto —las distintas acciones emprendidas por el Colegio (ilegal, a su vez) siguen su curso—, Anibal Casares convoca elecciones por su cuenta. Y sorprendentemente, a la luz de la situación en que se encuentra el Colegio y la falta de perspectivas que existen, se presentan nada menos que dos candidaturas. Una de ellas, de concentración democrática, presidida por Carlos Sánchez Reyes. La otra, presidida por Antonio Martínez Emperador, ex presidente del Sindicato del Espectáculo en la época del conflicto con los actores.

Parece que existe una posibilidad de que las cosas puedan entrar en un cauce: unos nuevos directivos apoyados por la base pueden sacar al Colegio del total marasmo en que se encuentra, a pesar de que los candidatos son conscientes de la fuerza e intereses del Consejo de don Rafael Díaz Llanos. Pero se produce entonces lo que ya algunos temían: el viernes 22 por la noche, Moreno Pabón y otros miembros del Consejo General de Colegios (ilegal) se presentan en él acompañados de la Policía, expulsan a Anibal Casares y se cierra el Colegio con un candado. No es un precintado judicial, pero es lo mismo; no hay Colegio, no hay elecciones —éste fue probablemente el objetivo último del cerrojazo—, otra vez el caos.

"Estamos desesperados: el 'bunker' es omnipotente en el Colegio", nos ha dicho un economista. Sin embargo, los candidatos democráticos quieren seguir; pero el camino que les queda es arduo y lleno, hasta extremos indecibles, de dificultades. ■ C. E.

La Capilla siXtina

RAIMON

Si la autoridad no lo impide y el tiempo histórico lo permite, Raimon va a cantar en Madrid, saltando sobre una ausencia de varios años. Recientes aún los ecos de su actuación en el Palacio de los Deportes de Barcelona en aquellos días oscuros en los que la agonia de Franco había disparado las sirenas de alarma, la Ley antiterrorista cerraba toda clase de bocas y manos, los demócratas creían vivir una marcha atrás por el oscuro túnel del tiempo, de este tiempo, de estos treinta y seis años de tiempo. Recuerdo una conversación telefónica con Raimon por aquellos días. Me invitaba a volar hacia Barcelona para asistir al acto del Palau dels Sports, "palau" que tras las hazañas cívico-canonas de Raimon y Llach va a tener tanta significación en la historia de Catalunya y España como el Palau de la Música.

—Ánimate, Sixto. El acto persigue que la gente recupere la moral. Hay como una pérdida general de iniciativas.

Asistí al acto y doy fe, entonces no pude darla porque TRIUNFO estaba clausurado, de que casi nueve mil asistentes recuperaron el habla y la conciencia de una cierta "comunidad de los santos". Fue un acto emocionado, algo crispado, entre la catacumba y la calle, estimulante. Si uno se bebe una, dos, tres, cuatro, cinco botellas de vino con Raimon, le parece estar tomándose con un intelectual prerrevolucionario, últimamente fascinado por el tema del papel del Estado no sólo en la sociedad capitalista, sino mucho más en la socialista. Es un Raimon muy leído, aunque las gafas frágiles no escondan totalmente una vitalidad quasi agraria y, por descontado, valencianísima. Cuando Raimon aparece sobre un escenario se ha producido un milagro de transustanciación y el huracán de Xàtiva sopla viento histórico arrollador sin más acompañamiento que el de la guitarra. Entre Raimon y el público se establece una conexión política total y conforman juntos un ser vibrante, épico, duro como el pedernal. Es una relación curiosa. Raimon exige al público compromiso histórico. El público exige a Raimon que sea exigente con el público. En mangas de camisa, enseñando las manos ocupadas por la guitarra, bajo un chorro de luz que delimita el escaso territorio de un hombre solo que canta, con las palabras más económicas, justas, necesarias, con una música suficiente surgida de la memoria melódica popular, Raimon se agiganta y agiganta al público. De alguna manera, en efecto, es un milagro. Y es el milagro de la recuperación colectiva de la razón histórica, en el doble significado de la razón racional y de la razón lógica. La reivindicación de la Razón y la de las razones de una colectividad y dentro de las razones de la colectividad, las peculiares de la colectividad catalana y las generalizables de las fuerzas democráticas, populares, progresivas.

La última vez que vi a Raimon y Analisa, su compañera, hablamos de Gramsci. Y a este inmenso teórico deberíamos acudir para explicar última, definitivamente, el fenómeno Raimon. Toda su fuerza escénica no nace exclusivamente de rabia y razón. Tiene su esqueleto en ese otro Raimon leído, cuyas gafas frágiles no esconden totalmente una vitalidad quasi agraria y, por descontado, valencianísima.

SIXTO CAMARA

EN LA SECCION "HEMEROTECA 76"

- La manifestación del día 20.
- Tensión en los Colegios Profesionales (incidentes en la Junta del Colegio de Abogados de Madrid, intento de agresión en una comida del Colegio de Ingenieros, altercado en el almuerzo entre periodistas con motivo de la festividad de San Francisco de Sales).
- Denuncia por malos tratos al obrero barcelonés Francisco Téllez.
- A los catorce años, carnet de identidad obligatorio.
- Enfrentamiento gobernador-obispo en Mallorca.
- Querrela contra Alfonso Paso.
- El alcalde de Madrid habla de su dimisión.
- Una navaja en las Cortes.
- Subida de las tarifas telefónicas.
- El cese de Rodríguez de Viquiri.